

# LA "PROTOINDUSTRIALIZACIÓN" BALANCE DE UNA PERIPECIA HISTORIOGRAFICA

No está claro si la historia se repite, o si nunca se repite. Suele recurrirse a una u otra de estas afirmaciones tópicas según conviene al discurso. Lo que en cambio es seguro que los historiadores, sí nos repetimos. Tal vez en mayor medida que otros temas historiográficos, la discusión registrada en los últimos diez o doce años en torno al término "protoindustrialización" ilustra bien este hecho. Pero a la vez muestra que la nueva ejecución del tema suele conducir a resultados apreciablemente distintos.

Seguramente no hace falta que explique que el término "protoindustrialización" se forjó (con poco acierto, creo) para designar un proceso de intensificación de la tradicional y ubicua industria rural dispersa. De formas distintas, los autores que lo utilizan vienen a postular que en dicha intensificación deben buscarse las raíces de la ulterior industria fabril, de la industria moderna. Como se proclamó desde el primer momento, el interés del estudio de la "protoindustrialización" radica en que fue "la primera fase del proceso de industrialización" (1).

Se trata de una repetición en la medida en que el tema tiene una antigüedad venerable dentro de la historiografía económica. El auge de las industrias rurales en Europa durante los siglos XVII y XVIII fue objeto de numerosas investigaciones desde los comienzos de la historia económica como disciplina diferenciada, algunas de las cuales son todavía hoy frecuente referencia bibliográfica. Y no puede decirse que este interés fuese meramente descriptivo, pues no faltaron esfuerzos de categorización del fenómeno para integrarlo en la historia del capitalismo (2). En lo que

**Jaume TORRAS ELIAS**  
Universidad Autónoma de Barcelona

sigue no se insiste más en este aspecto, sin embargo. Se trata más bien de identificar los caracteres nuevos que han aparecido en el tratamiento de un tema viejo, y de valorarlos.

La exposición se va a centrar, en efecto, en el replanteamiento que la historiografía reciente ha hecho de la profunda reorganización espacial de la economía rural que durante los siglos XVII y XVIII tuvo lugar en Europa. En ciertas regiones se acentuó entonces la especialización agropecuaria de la economía rural. En otras, el campesinado pasó a depender cada vez más de un complementario trabajo industrial realizado a domicilio pero organizado por mercaderes que disponían su colocación en mercados extrarregionales. Este proceso no pasó inadvertido para la historiografía económica más tradicional, como acabo de señalar, y de hecho nunca dejó de ser un tema asiduamente tratado por los investigadores (3). Por ejemplo, en la II Conferencia Internacional de Historia Económica celebrada en 1962 en Aix-en-Provence, una de las secciones se titulaba precisamente "Industrias y artesanos

rurales". Suscitó aportaciones excelentes, entre otras la de J.D. Chambers cuyo hilo argumental sobre la relación entre industrias rurales e industria fabril tomarían prestado luego otros autores y sería integrado en el esquema de la "protoindustrialización" (4). Por otro lado, la importancia del **putting-out system** la subrayaban estudios realizados desde la tradición marxista, muy singularmente el trabajo capital de M. Dobb (5). Aquí el énfasis recaía en las posibilidades diversas de los productores para emanciparse de un capital comercial que no podía ser agente de una auténtica ruptura con el modo de producción feudal, en la línea problemática planteada por K. Marx en el tercer libro de **El Capital**. De hecho, la industria rural dispersa y el **putting-out system** no fueron propiamente integrados en el debate entre historiadores marxistas en torno a la transición del feudalismo al capitalismo. Difícilmente podía haber ocurrido de otro modo, habida cuenta de la absorbente atención prestada a las estructuras agrarias de clase y a los factores endógenos de su transformación (6).

En realidad, en los años sesenta predominaba en historia económica una concepción de los orígenes del capitalismo industrial que los entendía en términos de va-

1. Según el título del artículo que está en el punto de partida de esta peripecia, F. MENDELS: "Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *The Journal of Economic History*, 30 (1972) pp. 241-61.

2. Sobre todo por parte de la escuela histórica alemana. Véase al respecto la "Introducción" de P. KRIEDTE, H. MEDICK y J. SCHLUMBOHM: *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona (Crítica) 1966.

3. Algunas contribuciones no pueden ser pasadas por alto, como las de J. THIRSK: "Industries in the Countryside" incluida en F.J. FISHER, ed.: *Essays in the Economic and Social History of Tudor and Stuart England*, Cambridge (Cambridge University Press) 1961, pp. 70-88; de E. JONES: "The Agricultural Origins of Industry", *Past & Present*, n.º 40 (1968) pp. 58-71 (hay versión castellana en AA.VV.: *Agricultura y desarrollo del capitalismo*, Madrid, 1974, pp. 323-341); de R. BRAUN: *Industrialisierung und Volksleben*, Zurich & Stuttgart (Eugen Rentsch) 1960 (fragmentos traducidos en D.S. LANDES: *Estudios sobre el nacimiento y desarrollo del capitalismo*, Madrid 1971). No pueden ser olvidados los trabajos de H. KISCH aparecidos en esos años en diferentes revistas y agrupados recientemente en H. KISCH: *Die hausindustriellen Textilgewerbe am Niederrhein vor der industriellen Revolution. Von der ursprünglichen zur kapitalistischen Akkumulation*, Gotinga (Vandenhoeck & Ruprecht) 1981.

4. J.D. CHAMBERS: "The Rural Domestic Industries during the Period of Transition to the Factory System, with Special Reference to the Midland Counties of England", en *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Économique. Aix-en-Provence 1962*, vol. II, Paris y La Haya (Mouton) 1965, pp. 429-455. En el mismo volumen, véanse las comunicaciones de H. Kellenbenz (con un útil acopio de referencias historiográficas), de V.K. Yatsunsky, de H. Otsuka, de A. Klíma y de B. Hoselitz. En España, las sugerencias implícitas en estos trabajos no fueron entonces tenidas en cuenta. Son excepción Rafael ARACIL y Marios GARCIA BONAFE: "Els inicis de la industrialització a Alcoi" en *Recerques* n.º 3 (1974) pp. 23-45. Hay que citar asimismo el pionero esfuerzo analítico de Teresa CARNERO y Jordi PALAFOX: "El funcionament del putting-out system al si d'una economia senyorial" en *Recerques* n.º 5 (1975) pp. 97-110.

5. Maurice DOBB: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Buenos Aires (Siglo XXI) 1971 (la primera edición inglesa es de 1946). Véase especialmente el capítulo IV.

6. Ejemplo de ello son los debates suscitados por el replanteamiento de la polémica entre Dobb y Sweezy por iniciativa de Robert Brenner. Los textos básicos, vertidos al castellano y publicados en *Debats* n.º 5 (Valencia 1982).

84 dical discontinuidad con el pasado “preindustrial”. Dicha concepción se concentraba en la noción de “revolución industrial”, punto de encuentro de historiadores de inspiraciones distintas, enraizados unos en la tradición marxista e influenciados otros por teorías del desarrollo económico de patrón clásico. Historiadores de procedencias distintas pero coincidentes me parece en dos puntos al menos: 1) la distinción conceptual entre economías agrarias “tradicionales” y economía industriales “modernas” (o entre economías feudales —fundamentalmente agrarias— y economías capitalistas —es decir, industrializadas—); 2) la existencia de una clara discontinuidad, observable y mensurable, en el tránsito de un tipo a otro de economía, ya se llamara **big spurt**, **take-off** o, más corrientemente, revolución industrial. El protagonismo en la ruptura correspondía a un sector nuevo y revolucionario tanto por su potencialidad productiva como por las relaciones sociales que imponía: la industria fabril, el **factory system**. No se desconocía la importancia de la industrias rurales dispersas, tanto en la economía europea anterior a la revolución industrial como en los países “en vías de desarrollo”. Pero se las consideraba implícita o expresamente como el elemento inerte de esas economías; de hecho eran tenidas poco menos que por irrelevantes para dar cuenta del nacimiento y expansión de la industria moderna.

Me parece revelador, en este sentido, comparar el distinto tratamiento que reciben las industrias rurales dispersas en general las industrias “antiguas”, en dos manuales sobre la revolución industrial que han alcanzado gran difusión. Por una parte el de P. Mantoux (7), cuya primera edición data de comienzos de siglo y que incluye una pormenorizada descripción de la “antigua industria”, fundamentalmente

la dispersa en áreas rurales, entendida como “antecedente necesario del sistema de fábrica”. No existen prácticamente estas industrias, en cambio, para un enfoque como el de Phyllis Deane, cuyo manual, publicado en 1965 (8), estudia “la ruptura crucial” que la revolución industrial supuso y se define como “un intento de explicar los conceptos y las técnicas de la economía del desarrollo a un sector vital de la trayectoria histórica” (9).

A lo largo de los últimos quince años, este enfoque “discontinuidista” ha ido perdiendo adeptos. Lo explican distintas circunstancias. En parte, el creciente peso que dentro de la disciplina ha adquirido una manera de hacer historia económica “nueva”, según la califican sus “cultivadores” en cuya caja de herramientas no abundan las que permiten pensar en términos de desequilibrio y de solución de continuidad. Pero también en trabajos de otra inspiración se advierte una preferencia creciente por el replanteamiento de los orígenes del capitalismo industrial en términos que más bien destaquen su continuidad con respecto al pasado “preindustrial”. Detrás de este cambio de enfoque hay razones distintas. Discutirlas sería probablemente instructivo. Pero con toda seguridad me apartaría del asunto de que aquí se trata.

Dentro de este contexto surgió la propuesta de F. Mendels. La formuló en un artículo de 1972 (citado en la nota 1) en el que generalizaba a partir de ciertos resultados de su tesis leída en Wisconsin en 1969 (10). En el artículo proponía distinguir, dentro de lo que significativamente denominaba proceso de industrialización, dos fases, caracterizada la segunda por la

concentración fabril y la mecanización de los procesos de trabajo, y definida la primera por la expansión y la intensificación de la actividad industrial rural. Sucesivas reelaboraciones han llevado a Mendels a definir esta primera fase del proceso, la que él denomina “protoindustrialización”, como aquella durante la cual en el ámbito de una región concurren dos procesos. Por una parte, la intensificación de la actividad industrial orientada hacia mercados extrarregionales y que empleaba fuerza de trabajo campesina en ocupaciones que podían realizarse a domicilio (organizada pues dicha fuerza de trabajo sobre una base doméstica) y acomodarse a la estacionalidad de las faenas agrícolas. Por otra parte, un paralelo desarrollo de la agricultura productora de excedentes comercializables (11).

Con estos rasgos identifica Mendels y define un proceso de “protoindustrialización” sobre cuyo desarrollo formula algunas hipótesis. La primera de ellas es que, en las áreas donde este proceso se daba, las mayores posibilidades que los jóvenes tenían de obtener ingresos complementarios mediante el trabajo industrial hicieron estallar la pauta matrimonial imperante en la mayoría de las áreas rurales de Europa del Oeste (matrimonio tardío, tasa relativamente elevada de celibato definitivo). La protoindustrialización, al proporcionar los medios económicos para que se contrajesen más matrimonios, y más precoces, habría elevado la fecundidad y contribuido decisivamente al crecimiento de la población. De este modo creaba una creciente fuerza de trabajo movilizable por la industria (o por la “protoindustria”) sin necesidad de esperar a que transformaciones sus-

8. P. DEANE: *La primera revolución industrial*, Barcelona (Península) 1968.

9. P. DEANE: *La primera revolución industrial*, p. 5.

10. Un resumen de esta investigación en su artículo “Agricultura e industria rural en el Flandes del siglo XVIII”, incluido en KRIEDEL, MEDICK y SCHLUMBOHM: *Industrialización antes de la industrialización*, pp. 241-265.

11. Véase F. MENDELS: “Proto-Industrialization: Theory and Reality. General Report”, *Eighth International Economic History Congress*. “A” *Themes*, Budapest (Akadémiai Kiadó) 1962, pp. 69-115. Del mismo autor, “Des industries rurales à la protoindustrialisation: historique d’un changement de perspective” en *Annales E.S.C.*, 39e. année n° 5 (1984) pp. 977-1.008. En ambos textos se encuentra un extenso repertorio bibliográfico de investigaciones relacionadas con este tema.

7. P. MANTOUX: *La revolución industrial en el siglo XVIII*, Madrid (Aguilar) 1982 (la primera edición, en francés, es de 1906). Véase especialmente el capítulo I, pp. 25-70.

tantivas del régimen agrario desarraigaran al campesinado y lo expulsaran del sector productor de subsistencias.

La segunda hipótesis es que la expansión de la "protoindustria", cuyo crecimiento era meramente extensivo, por definición, terminaba elevando fuertemente los costes de distribución de la materia prima o del producto intermedio (a hogares campesinos cada vez más alejados y dispersos) y de recogida del producto del trabajo, reduciendo el control sobre la calidad de trabajo doméstico efectuado (algo que es siempre un problema en esta forma de organización dispersa de la producción) y elevando apreciablemente, en definitiva, los costes unitarios del producto obtenido. Como Chambers había ya señalado en el trabajo mencionado más arriba, referido concretamente a las Midlands de Inglaterra, en estas circunstancias los fabricantes considerarían con interés cada vez mayor la adopción de formas alternativas de organización de la producción que permitiesen concentrar, controlar mejor y sobre todo ahorrar una fuerza de trabajo cada vez más conflictiva y costosa.

La tercera hipótesis es que precisamente la acumulación de ganancias, las conexiones comerciales y el acervo de capacidad empresarial y de competencia técnica a que la "protoindustrialización" había dado lugar proporcionaban los medios necesarios para establecer estas formas alternativas —y nuevas— de organización de la producción industrial, la textil fundamentalmente. La protoindustrialización constituía pues el lecho apropiado para el alumbramiento de la industria moderna, caracterizada por la concentración fabril y la mecanización de los procesos de trabajo.

En este conjunto de hipótesis consiste según Mendels la "teoría de la protoindustrialización", que a su juicio sistematiza las principales cuestiones en las que hay que buscar una explicación satisfactoria de la

notoria continuidad regional de la industria en la época de la revolución industrial. Como él mismo argumentaba, el hecho cierto de que algunas regiones "protoindustriales" se desindustrializaran luego no constituye una refutación de la teoría. Un reparo más grave sería en cambio que alguna región pionera de la revolución industrial no hubiese previamente conocido una fase protoindustrial. Pues en el planteamiento de Mendels la protoindustrialización es entendida como condición históricamente necesaria (aunque no suficiente) de la ulterior industria fabril.

La "teoría de la protoindustrialización" es pues un modelo heurístico, que propone un hilo conductor de las investigaciones para centrarlas en torno a determinado tipo de problemas. Lo más nuevo que aporta es la explícita discusión del nexo entre intensificación de la industria dispersa en una determinada zona rural y la ruptura en la misma del antiguo régimen demográfico. Mendels aportó datos probatorios de la existencia de este nexo en un caso particular, y desde luego no generalizable puesto que investigaciones similares sobre zonas de parecidas características han llegado a conclusiones distintas (12).

Como quiera que se la considere, la teoría, el modelo o las hipótesis sobre la "protoindustrialización" despertaron un eco muy grande dentro del ámbito —ciertamente reducido— de los profesionales de

la historia económica. Con mayor o menor fidelidad al planteamiento original, numerosos trabajos hicieron suya la propuesta de Mendels y se consiguió de este modo que arraigase el empleo de un término tan poco afortunado como difícil de manejar. El Congreso Internacional de Historia Económica celebrado en Budapest en el verano de 1982 vino a representar el cénit de la "teoría de la protoindustrialización". La sección sobre "Protoindustrialización: teoría y realidad", que coordinaron F. Mendels y P. Deyon, fue una de las más vivas y concurridas del congreso. Se presentaron muy numerosas comunicaciones, buena parte de ellas aceptando la etiqueta "protoindustrialización" para designar actividades industriales variopintas y correspondientes a períodos y a contextos sociales muy diversos. Muchas, también hay que decirlo, criticando acerbamente la sistematización de Mendels, en particular la secuencia de fases que estableció y que visiblemente ha constituido para bastantes historiadores el aspecto más fascinante de todo el debate.

En realidad, tanto y tan deprisa se hinchó el globo de la "protoindustrialización" que el pinchazo tenía también que producirse pronto. El siguiente congreso, el que se celebró en Berna en 1986, vino a ser ya el nadir de esta temática, o mejor dicho de este término. ¿Cuál habrá sido el balance de esta sonada peripecia?

Los trabajos, investigaciones y reflexiones que la propuesta de Mendels concitó en torno a este debate pueden ordenarse en dos líneas de reflexión, a los efectos de un comentario global y deliberadamente simplificador. Una, muy claramente ejemplificada por el propio Mendels, que podría calificarse como positivista, y positiva: tratar de verificar empíricamente las hipótesis enunciadas allí donde sea también empíricamente comprobable la aplicabilidad de la definición (empíricamente viene a reducirse a: cuantitativamente). Los es-

12. Su investigación inicial sobre este punto, que luego ha sido central en todo el debate, la resumió Mendels en "Industry and Marriage in Flanders before the Industrial Revolution", incluido en P. DEPREZ ed.: *Population and Economics. Proceedings of Section V (Historical Demography) of the Fourth Congress of the International Economic History Association, 1968*. Winnipeg (University of Manitoba Press) 1970, pp. 81-93. Seguramente el desarrollo más extenso de esta problemática se encuentra en David LEVINE: *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Londres y Nueva York (Academic Press) 1977. Sobre los trabajos que ponen en duda la validez general de esta hipótesis, véanse las observaciones del propio Mendels en "Des industries rurales à la protoindustrialisation", trabajo citado, especialmente el anexo. Otras perspectivas en M.P. GUTMAN y R. LEBOUTTE: "Rethinking Protoindustrialization and the Family" en *Journal of Interdisciplinary History*, XIV:3 (1984) pp. 587-607.

86 estudios del propio Mendels sobre Flandes en el siglo XVIII son una aportación innovadora a los programas de investigación. Lo fundamental en esta línea es la atención que se presta a la economía campesina doméstica, incluida su vertiente reproductiva, y a su engarce con las estructuras y los mecanismos económicos más generales (estructuras agrarias, producción, precios y circulación, etc.) que constituían el programa casi exclusivo del análisis histórico regional (13). Pero por otro lado, el planteamiento de Mendels abrió la que en historia siempre es temible caja de Pandora de las etapas, fases, tipos, modelos, etc. Al distinguir en el proceso de industrialización dos fases, una de las cuales, la primera, sería esa "protoindustrialización" que es condición necesaria aunque no suficiente del advenimiento de la segunda, la industrialización propiamente dicha, el esquema de Mendels dio alas a la especulación sobre tipologías y secuencias de etapas, una propensión siempre latente en amplios sectores de la profesión.

En efecto, por muchos se ha entendido la propuesta de Mendels como la de una explicación de los orígenes de la industrialización moderna mediante una secuencia evolutiva, una serie de etapas definidas por formas de organización de la producción industrial cuya mera sucesión ya se presume expresiva de una dinámica que empujaba hacia la revolución industrial. Desde esta posición, la atención se desplaza hacia la búsqueda de casos que formalmente —es decir, en su descripción externa— "encajen" en esta secuencia, lo que raramente ocurre. La investigación parece tener como meta el establecimiento de clasificaciones, tipos, e, inevitablemente, el

descubrimiento de variantes locales que siempre tienen alguna peculiaridad de interés.

Hay que decir que la recepción en España del debate en torno a la "protoindustrialización" ha sido hasta ahora parcial, muy centrada en este tipo de preocupación taxonómica. La tipología y las fases es lo que más ha atraído a historiadores atentos sobre todo a los aspectos macroeconómicos de la "teoría de la protoindustrialización" (14); menor receptividad ha habido, a juzgar al menos por lo publicado, hacia las sugerencias en favor del microanálisis. Es ejemplo de ello la tal vez más ambiciosa contribución española al ya citado congreso de Budapest, la de R. Aracil y M. García Bonafé (15). Se basa en una interesante elaboración de la información riquísima que contienen las Memorias de Laruga. No elude, sin embargo, la tentación de conducir el razonamiento hacia la tipificación de fases de una secuencia presuntamente explicativa. El problema central que estos autores identifican es la explicación del tránsito a la "protoindustria" —una fase en la cual "la estructura industrial se muestra ya como irreversible"— desde la mera "industria rural", un tránsito que desde luego no siempre se dio, como ellos mismos señalan para la España del Setecientos. Se afirma por una parte que la difusión de las industrias rurales fue muy importante para la transformación del sistema feudal, si bien en ocasiones "no se alcanza el nivel cualitativo necesario para

14. Puede matizarse esta caracterización demasiado sumaria leyendo las comunicaciones presentadas en la sección sobre "Protoindustrialización" del II Congreso de Historia Económica (Alcalá de Henares, diciembre de 1981), publicadas en *Revista de Historia Económica*, II, n.º 3 (otoño 1984) pp. 11-146. Véase también Agustín GONZÁLEZ ENCISO: "La protoindustrialización en España" en *Revista de Historia Económica*, II, n.º 1 (invierno 1984) pp. 11-44.

15. R. ARACIL y M. GARCÍA BONAFÉ: "La industria rural en España a fines del siglo XVIII", comunicación (texto ciclostilado, del cual proceden las citas) al VIII Congreso Internacional de Historia Económica, Budapest, agosto de 1982. Véase asimismo el artículo de estos autores que recoge lo fundamental de dicha comunicación: "La protoindustrialización y la industria rural española al siglo XVIII" en *Recerques* n.º 13 (1983) pp. 83-102.

que la industria rural se convierta en protoindustria a su debido tiempo" y entonces puede incluso ser "un serio obstáculo para el avance industrial por cuanto viviendo en simbiosis con el sistema feudal y posibilitando el autoconsumo campesino, contribuye a impedir la formación del mercado nacional". No sé si ésta es la vía más prometedora para el avance de nuestra comprensión de los orígenes de la industria moderna, y desde luego el planteamiento ofrece dificultades considerables en su misma formulación. ¿Qué es nivel cualitativo, por ejemplo? Dificultades que son fruto, en mi opinión, del mestizaje entre un enfoque llanamente positivista y otro de índole distinta, enraizado en la tradición del marxismo "occidental". En el planteamiento al que me estoy refiriendo, la producción industrial, incluida la industria rural dispersa de la Europa precapitalista, se concibe implícitamente como algo dotado de exterioridad con respecto al sistema feudal, como algo que unas veces puede "romperlo" y otras puede "consolidarlo". Este sistema feudal se entiende fundamentalmente como un sistema agrario, como una relación de extracción de renta a los campesinos por parte de la clase señorial, en la línea de conceptualización que tiene en M. Dobb a su más calificado exponente y en la que se sitúan estos autores.

Todo esto se relaciona ya muy directamente con la otra línea de reflexión que se discierne en el debate en torno a la "protoindustrialización", esto es, la que formalmente integra este proceso en la conceptualización marxista de la transición al capitalismo. La obra capital es la ya citada *Industrialización antes de la industrialización*, de Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm (la versión original en alemán se publicó en 1977). Expresamente se propusieron estos autores eludir la caracterización de la "protoindustrialización" como "primera fase del

13. Véase, en esta línea, F. MENDELS: "Les temps de l'industrie et les temps de l'agriculture. Logique d'une analyse régionale de la proto-industrialisation" en *Revue du Nord*, tome LXIII-n.º 248 (1981) pp. 21-33. Del mismo autor: "La composition du ménage paysan en France au XIXe. siècle: une analyse économique du mode de production domestique" en *Annales E.S.C.*, 33e. année n.º 4 (1978) pp. 780-802.

proceso de industrialización”, entendiéndola en cambio como “uno de los elementos centrales que caracterizan la segunda fase del período de desintegración del sistema feudal, así como la transición a la formación social del capitalismo (16).

Peter Kriedte (17) y Hans Medick (18) se apartan de la tradición marxista inspirada por la obra de M. Dobb y que ha encarnado más recientemente R. Brenner, pues consideran que las dos “vías” que Marx distinguió en la transición al capitalismo se hallan en realidad muy imbricadas, son dos partes distintas de un mismo proceso histórico. Abordan la explicación de la transición al capitalismo mediante un esquema en el que una economía familiar campesina poco capaz por sí misma de avanzar por el camino de la diferenciación social y de la producción de mercancías es penetrada por el capital mercantil para formar un sistema social peculiar, histórico, en cuyo desarrollo estos procesos devienen irreversibles. Desde estos planteamientos se renuevan los términos del interminable debate entre marxistas en torno a la transición del feudalismo al capitalismo. En el debate se han enfrentado dos posiciones, la que considera que la dinámica interna del sistema feudal fue la principal fuerza motriz de su disolución, y tiende además, en la versión de sus epígonos (R. Brenner), a reducir esa dinámica a una relación (de

fuerza, “extraeconómica”) entre señores y campesinos, y otra que atribuye a procesos ajenos a esta relación, como son el desarrollo del comercio y del capital mercantil, un carácter decisivo en dicha disolución (Sweezy; Wallerstein). El enfoque de **Industrialización antes de la industrialización** supera esta confrontación entre factores “externos” y factores “internos” ya que plantea justamente los efectos de la heterogénea combinación entre una economía campesina sujeta a la exacción feudal y un capital mercantil que, al penetrar en su propio interés en esa economía campesina desencadena una dinámica singular.

No es que la penetración del capital mercantil en la economía campesina diera lugar a una “protoindustria” que preparase por sí misma el advenimiento del capitalismo, o que tuviese como sucesora descendiente directa suya a la industria capitalista. En esto se alejan de un enfoque positivista. En lo que Kriedte, Medick y Schlumbohm hacen hincapié es en su capacidad destructiva del orden feudal desde dentro: “el punto de partida del poder deletéreo de la protoindustrialización fue el importante crecimiento de las capas campesinas inferiores que la misma produjo” (19). Para los campesinos de las regiones donde se intensificaba la industria rural, venían a superponerse a los vínculos feudales nuevas relaciones de dependencia, propias de un capitalismo en germen. Se formaba una fuerza de trabajo libre y susceptible de ser adquirida como mercancía, condición necesaria para que el capital considerase formas alternativas (fabriles) de organización de la producción.

Para terminar, señalaré lo que a mi modo de ver es el legado más valioso de las discusiones en torno a la noción de “protoindustrialización” y de la reorientación de las investigaciones que con ellas se han

propiciado. Si se atiende a algunos ensayos bibliográficos sobre el asunto, el resultado final de este paseo por un tema ya antiguo habrá sido literalmente poco más que despreciable. Es lo que por ejemplo vienen a decir Coleman con sagaces comentarios (20) y Clarkson con un ensayo más sistemático pero bastante menos penetrante (21). Este tipo de críticas, muy empiristas, se encaminan a mostrar la inadecuación de los moldes —las fases, las etapas, los tipos— en que los trabajos inspirados por el esquema de la “protoindustrialización” tratan de hacer encajar una realidad histórica que se presume inaccesible a cualquier conceptualización generalizadora. Demostrar esta inadecuación es relativamente fácil en muchos casos, y se presta a críticas brillantemente devastadoras.

Pero la insistencia en esta lectura lleva también a ignorar lo que ha sido de hecho el aporte decisivo de la producción historiográfica suscitada por las sugerencias de Mendels (en muchos casos, para rebatirlas), y también de Kriedte, Medick y Schlumbohm. Es decir, que el estudio de los orígenes de la industria capitalista tendrá que integrar elementos que hasta ahora solían examinarse por separado, y por parte de especialistas distintos y sin contacto entre ellos. Que para comprender la “revolución industrial” hace falta estudiar cómo la producción agropecuaria se interrelacionaba en el tiempo (a lo largo de las estaciones) y en el espacio (a través de la especialización regional) con una producción “industrial” que era componente igualmente sustantivo de una economía rural compleja, en la que la detracción de renta feudal coexistía con otras formas de apropiación de trabajo ajeno que también incidían en su dinámica. En definitiva, que

16. P. KRIEDTE, H. MEDICK y J. SCHLUMBOHM: *Industrialización antes de la industrialización*, p. 21. En la misma introducción se precisan las diferencias de enfoque entre los autores. Particular interés tiene además el epílogo a la edición española, que viene a ser un comentario general de los autores sobre la recepción (con frecuencia muy crítica) dispensada a su obra en medios historiográficos.

17. Además de la contribución a la obra conjunta mencionada en la nota anterior, véase su síntesis *Feudalismo tardío y capital mercantil. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII*, Barcelona (Crítica) 1982.

18. Véase su ensayo: “La transición del feudalismo al capitalismo: renovación del debate” incluido en R. SAMUEL ed.: *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona (Crítica) 1984, 177-190. Muy expresivo del enfoque de Medick es un artículo que ha tenido especial resonancia: “The proto-industrial family economy: the structural function of household and family during the transition from peasant society to industrial capitalism” en *Social History*, 3 (1976) pp. 291-315.

19. *Industrialización antes de la industrialización*, p. 305.

20. D.C. COLEMAN: “Proto-Industrialization: A Concept Too Many” en *The Economic History Review*, XXXVI, 3 (1983) pp. 435-447 (se ha publicado una versión castellana en la revista *Debats*).

21. L.A. CLARKSON: *Proto-Industrialization: The First Phase of Industrialization?* Londres, Macmillan, 1985.

88 *el estudio de las estructuras familiares y de la economía doméstica, el de la división sexual del trabajo, la dinámica de la población y las formas de organización del trabajo tienen que ser integrados al de los campos de interés tradicionalmente cultivados por los historiadores de la gran transformación que representó la imposición del capitalismo (22).*

22. Para apreciar el cambio de enfoque que está en marcha tiene un gran interés la síntesis de Maxine BERG: **La era de las manufacturas 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución Industrial británica**, Barcelona (Crítica) 1987. En relación con lo tratado aquí, véase concretamente el capítulo 3.